

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *Danos agua que beber.*

Salmo (94, 1-2.6-7c.7d-9) *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: “No endurezcáis vuestro corazón”»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.*

Agotados por el calor del desierto, torturados por la sed, los hijos de Israel ponen a prueba al mismo Dios que les había sacado de Egipto. Quieren beber, y su sed ya no la puede satisfacer nadie sino sólo Yahvé, su Dios; murmuran contra Moisés por haberles colocado en esa situación angustiosa y en esta queja se preguntan: ¿Está o no está Yahvé en medio de nosotros? Ellos siguen confiados en la promesa de su Dios, pero ahora que la prueba se hace difícil comienzan a dudar y hasta piensan que la salida de Egipto no fue para librarlos de la esclavitud sino para matarlos en el desierto.

La fe de Abrahán era muy superior a la de sus hijos, el pueblo nacido de sus entrañas; mientras que el patriarca desafía y supera con esperanza las dificultades para ver realizada la promesa, el pueblo no ve las pruebas que Dios le ha dado de su fidelidad y le exige nuevas manifestaciones de su poder. En el fondo está el no fiarse de Dios en las dificultades y creer que Dios sólo lo es si nos ofrece un camino fácil y hasta nos anticipa la seguridad del futuro. El pueblo no entendió que había sido sacado de la esclavitud para iniciar el camino de la libertad y ésta siempre requiere superar los riesgos y dificultades. A veces resulta más cómodo ser esclavo sin dificultades que vivir la libertad con riesgo. Esa es la gran tentación que el pueblo sufre en el desierto y que les lleva a desear el retorno a Egipto.

La sed de agua no es suficiente para apagar la sed. Prueba de ello lo fue no sólo en el desierto del Sinaí, sino junto al brocal del pozo de Jacob. El pueblo sediento recurre a cualquier agua para apagar la sed y también la samaritana va al pozo de Jacob a sacar agua que no apaga su sed. En uno y otro caso es Dios quien abre manantiales de agua viva que brotan de la roca que es Cristo. ¡Cuánto tiempo perdido en excavar pozos y buscar fuentes de agua, cuando basta acercarse al manantial de agua viva que Dios hace brotar en el interior del hombre! El agua que Dios da al hombre es el Espíritu, es el aliento que desde lo alto derrama sobre nosotros y opera un cambio radical en nuestra existencia. Entonces el desierto será un vergel.

En el diálogo con la samaritana Jesús le dice: *«si conocieras el don de Dios, y quien es el que te pide de beber, le pedirías tú, y Él te daría agua viva»*. Antes de probar el agua, sólo con saber que ella puede apagar su sed, la mujer le pidió a Jesús que le diera de beber: agua viva, manantial de vida que Dios mismo hace brotar en su interior. Misterio insondable del quehacer de Dios que da al hombre mayores cotas de autonomía al brindarle el don de su propio Espíritu para que habite dentro de él como manantial inagotable de vida eterna.

La mayor dificultad para conocer el don de Dios es la indiferencia y la falta de conversación con Él. Vivimos satisfechos con nuestros conocimientos y sólo anhelamos aquel progreso y desarrollo personal que nos interesa porque nos ofrece mayor calidad de vida. Con frecuencia no alcanzamos siquiera ese mínimo anhelo por otra cosa que no sea la satisfacción de nuestros propios deseos. Nos falta salir de nosotros mismos y asomarnos a la realidad trascendente que supera con mucho nuestra pobreza y que nos muestra el inagotable caudal de sus riquezas.

Estamos habituados a acudir a nuestro pozo, el que heredamos de nuestros padres, el que a pesar de las dificultades nos asegura el agua fresca que calma momentáneamente nuestra sed, pero que no consigue liberarnos de tener que acudir a Él y que ciertamente no podrá asegurarnos definitivamente la vida. A todos se nos ha brindado la ocasión de encontrar junto al brocal de este pozo al propio Jesús que nos brinda un manantial de agua viva y que nos hace sentir verdadero anhelo de Él.

Es precisamente ahí junto a esa fuente de nuestra fe donde Jesús nos brinda un diálogo abierto en el que vamos reconociendo en sus palabras que sólo ellas pueden calmar nuestra sed, que se convierte en anhelo de escucharle y saber cada vez más cosas de Él. Lo nuestro queda atrás, pierde consistencia y acabamos teniendo ganas de beber el agua del manantial vivo que brota de la boca de Jesús. Y es que Él ha sido capaz de suscitar en nosotros un verdadero interés donde sólo teníamos curiosidad y hemos acabado anhelando saber más de Él.

Lo que resulta triste es que no consigamos irradiar ese anhelo, quizás porque queremos ser nosotros los protagonistas de esa irradiación que sólo dimana del don de Dios. Nuestra tarea, si es que de veras hemos compartido con Jesús el diálogo sincero y abierto sobre nuestra existencia, es confesar esa verdad y anunciar que allí está Jesús abierto al diálogo: no nos empeñemos en sustituir nosotros lo que sólo Jesús puede hacer. Nuestra responsabilidad radica en no deformar la imagen del Maestro, en definitiva, en no apropiarnos la tarea que sólo a Dios corresponde, y contentarnos con afirmar con nuestra propia vida que vale la pena escuchar a Jesús.

No debemos olvidar que conocer el don de Dios, apreciar el sabor del diálogo con su palabra, es un regalo que se nos brinda en el área del hacer humano sobre todo en todo aquello que se refiere a la estima y al amor. Sería nefasto que dejásemos pasar esa palabra, esa mirada que con tanto afecto y estima nos dirige el Espíritu, sencillamente porque estamos prendados de otras realidades que nos resultan más familiares. La familiaridad con Dios, el diálogo distendido junto al brocal del pozo al que solemos ir a apagar nuestra sed, podremos entablarlo si estamos dispuestos a perder unos minutos de atención al Maestro que nos habla al corazón.